

EL PREGONER DE DESERET



Nuestra portada. Esta figura representa una presencia típicamente americana, de rasgos precolombinos incluso. A sus espaldas se alza el sol del incanato, el sol de mayo, el sol de lo celestial. En su pecho luce el símbolo de las muchas aguas, recogido del escudo de la Cofradía de Letras Mormonas. La ilustración nos llega del puño de Santos Rubén Ramírez, un artista santo de los últimos días que presentamos en las págs. 12 y 13 del presente número.

en este número

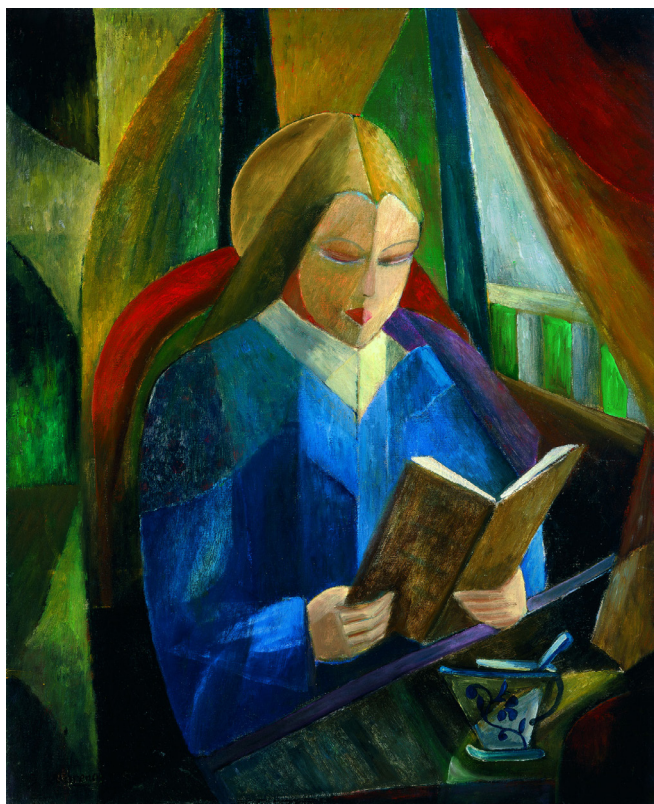
- 3 Editorial
- 4 Poema: Vocación
- 6 Poema: El profeta de la Restauración
- 10 Reseña: Napeguá, leyenda prohibida
- 12 Ilustrador: Santos Rubén Ramírez
- 14 Cuento: «Grinza»
- 19 Texto clásico



La **Cofradía de Letras Mormonas** es un colectivo integrado por miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entusiastas y amantes de la Literatura, unidos con el propósito de descubrir y difundir la labor de escritores mormones. Agradeceremos sus comentarios, sugerencias y aportaciones al correo

cofradiadeletrasmormonas@gmail.com

La CLM y esta publicación no son oficiales ni dependen de la Iglesia ni de sus autoridades generales o locales.



La lectora, José Moreno Villa, aprox. 1924

Editorial

Con este número cumplimos nuestro primer año de vida editorial. El 2.1 llega unos doce meses después del 1.1, y da inicio a un nuevo ciclo de exploración y difusión de la literatura mormona. Es un buen momento, por lo tanto, para pasar revista de lo ocurrido en el año anterior en torno al mundo de las letras escritas por santos de los últimos días (o en torno a temas del mundo mormón).

En el año 2018 vimos el nacimiento no de una sino de dos asociaciones literarias afines. La primera fue la nuestra, a saber, la Cofradía de Letras Mormonas, un modesto colectivo internacional de entusiastas por la literatura y la cultura de los santos de los últimos días. También se formó, en ese año, la Asociación de Escritores Santos de los Últimos Días del Perú o AdeSUD Perú, organización fundada por Luis Zegarra con el propósito de difundir el mensaje del evangelio restaurado a través del arte.

Como si esto fuera poco, en 2018 el Mormon Lit Lab, bajo la dirección de James Goldberg en Estados Unidos, organizó el concurso literario «Dándole la vuelta al mundo con la literatura mormona». Este certamen se caracteriza por ser, posiblemente, el primero de alcance intercontinental. Como tal, aceptó obras en varios idiomas, entre ellos el castellano, y es con cierta expectativa que estamos atentos a su pronta resolución.

Estos acontecimientos ocurrieron el mismo año que vio el lanzamiento de nuestra humilde publicación, *El Pregonero de Deseret*. Es una obra que, a pesar de nuestras limitaciones, hemos llevado a cabo con empeño durante casi un año y medio, produciendo con éste cinco números. Conscientes de que, una vez que las revistas de la Iglesia en español dejaron de publicar literatura, ya no había un foro en el cual los autores santos de los últimos días pudieran dar a conocer sus obras, hemos tratado con nuestro boletín de crear un espacio para viejos y nuevos talentos, así como para explorar temas que interesen a nuestros lectores.

En todo sentido, el año que pasó parece haber marcado un punto de inflexión en cuanto a la literatura mormona en castellano. Mirando hacia adelante debemos confesar que no sabemos qué puede deparar el futuro, especialmente porque los retos son enormes: falta de recursos materiales, ausencia de respaldo de organizaciones oficiales, enormes distancias entre los escritores, etc. Y, sin embargo, si algo dejó el 2018 es la impresión de que la literatura mormona tiene mucho futuro en la lengua de Cervantes. Es con esa esperanza que seguimos adelante.

Vocación

María de la Luz Limón

Le vi pasar... En la penumbra clara
se dibujaba su gentil silueta,
con blancura de mármol de Carrara
y perfiles augustos de profeta.

Le vi pasar... Su corazón llagado
sobre el manto filial, intacto y leve,
semejaba, de espinas coronado,
rosa de sangre sobre albor de nieve.

Le vi pasar... Llevaba en la pupila
el extraño fulgor de una turquesa,
y en su mirada, como la mar tranquila,
palpitaban abismos de tristeza.

Clavó en los míos sus azules ojos,
en que puso el dolor sus tintas vagas,
y me mostró — como claveles rojos —
la floración de sus profundas llagas.

Y su voz sobre el ala de la brisa,
llegó hasta mí, como cantar de fuente
que dentro del alma absorta se desliza
diáfana... silenciosamente...

Iba cantando una canción ignota,
de amor y de dolor síntesis pura,
y yo sentí vibrar en cada nota
una llamada de viril ternura...

Hablaba de un amor fuerte y pujante
que en el sendero del dolor florece,
lirio de luz con hojas de diamante
que sólo entre caídos resplandece...

Quedé suspenso, estremecido y mudo,
bajo el prestigio augusto de su verbo,
brisa de paz sobre el oleaje rudo
del óseo mar de mi dolor acerbo.

Y todo pleno del amor sagrado,
a Cristo dije: «Seguiré tus huellas»,
mientras que en el nocturno azul transfigurado,
parpadeaban de asombro las estrellas...

Publicado originalmente en la edición de septiembre de 1964 de la revista *Liahona*



Cristo, Joaquín Torres García, 1940

El profeta de la Restauración

Manuel A. Sueldo

150 años después de la visitación de Dios el Padre y su Hijo Jesús

I. La visitación (1820)

Allí está el joven
en medio de la floresta.

Alta su frente,
humilde el gesto,
avanza hacia su destino
orando con fervor
(y tembloroso corazón),
preguntando a Dios
(y preguntándose):
«La verdad, oh Padre,
¿dónde está, por favor?»

Los cielos se abren
(después de muchos siglos
de hallarse cancelados)
Y el Padre Eterno, y su Hijo
(el Cristo resucitado)
acuden a la cita con el joven José.
«Sé fiel y una obra grande
y portentosa, a ti está reservada.
Vela, estudia y aguarda,
que instrumento escogido fuiste
al ser la tierra fundada».

¡Una nueva era
para el mundo comenzaba
una aurora de luz,
la humanidad despertaba!

II. Las planchas de oro (1823-1829)

Llegó 1823

(otro otoño tibio y perfumado)
y otro ser celestial, a José
visitó.

Dos y tres veces, su mensaje
repitió.

Citando el viejo profeta Isaías
y mencionando el lugar donde
antiguos registros yacían.

Cumorah era el cerro,
y allí fue la impaciencia y
curiosidad
del joven profeta.

Pero cuatro otoños más
habían de pasar,
hasta que el precioso legado
a sus manos llegara.

Un maestro de campaña
(por Dios de la mano conducido)
hasta él se allegó.

¡Juntos, José y Oliverio,
la gran obra de traducción
completaron, y al mundo,
como un desafío y bendición
apareció, valiente e inspirado,
EL LIBRO DE MORMÓN!

III. Sacerdocio y la Restauración (1829-1830)

Perseverando y orando
Oliverio y José encontraban
que las Santas Escrituras
al bautismo mencionaban.

Otro mensajero celeste
de lo alto descendió.

¡Era el mismo Bautista
que al Señor sumergió
en las tranquilas aguas del
Jordán!

Con sencilla majestad,
Juan sus manos impuso
y poder del cielo les dio.
(También Pedro, Juan y
Santiago
la obra a poco completaron
y la completa autoridad
del Padre allí restauraron).

Y así llegó ese 6 de abril
de un mil ochocientos treinta
(por añadidura, aniversario
del cumpleaños del Señor)
en que la Iglesia de Cristo
de nuevo se implantó:
¡y siervos realmente autorizados
con sacerdocio real
al mundo están pregonando
las hermosas buenas nuevas
que prometen a cada hombre
amor, paz y libertad!

IV. En marcha hacia el oeste (1831-1843)

¡Más el mal no se resigna
ni tampoco las tinieblas,
y los santos modernos, en su fe
son muchas veces probados!

¡Van de Nueva York a Ohio,
de Jackson son expulsados;
en Kirtland el Templo erigen
que luego será abandonado.
y llegan por fin a orillas
del viejo Misisipí:
allí se manifiesta todo el tesón
industria y perseverancia
del grande pueblo mormón!

Surge la bella Nauvoo,
y en su centro se levanta el
Templo
donde los Santos reciben
fuerza y poderes del cielo,
parte a parte, paso a paso,
todo el plan de salvación.
¡Allí predica José,
el fiel siervo del Señor,
ejerciendo su genio inspirado,
enseñando con la luz
que le da el Espíritu Santo!

V. El martirio.... (1844)
Un día, todo se precipita.
El odio arma su mano
y la furia del maligno
con desesperación se descarga.
(Las balas matan el cuerpo,
¡pero el espíritu escapa!)

Allí yace el Profeta,
¡y en su mirada que se apaga
hay algo de aquel Cristo
que clavado en la Cruz
a enemigos perdonaba!

En vida, un hombre de Dios;
fuerte, sano, sin mácula:
esposo gentil, padre amoroso
amigo de muchos, hermano de
todos.

¡HONRA A TI, JOSÉ SMITH,
PARA SIEMPRE
HOMBRE Y PROFETA,
SALVADOR DE ALMAS!

Publicado originalmente en la edición de noviembre de 1970 de *Liahona*.
Ganador del primer premio (categoría poesía) de un concurso literario organizado
por el cuórum de élderes del Distrito Rosario (Argentina).

Napeguá, leyenda prohibida

de **Rafael Diogo Jara**
reseña por *Gabriel González*

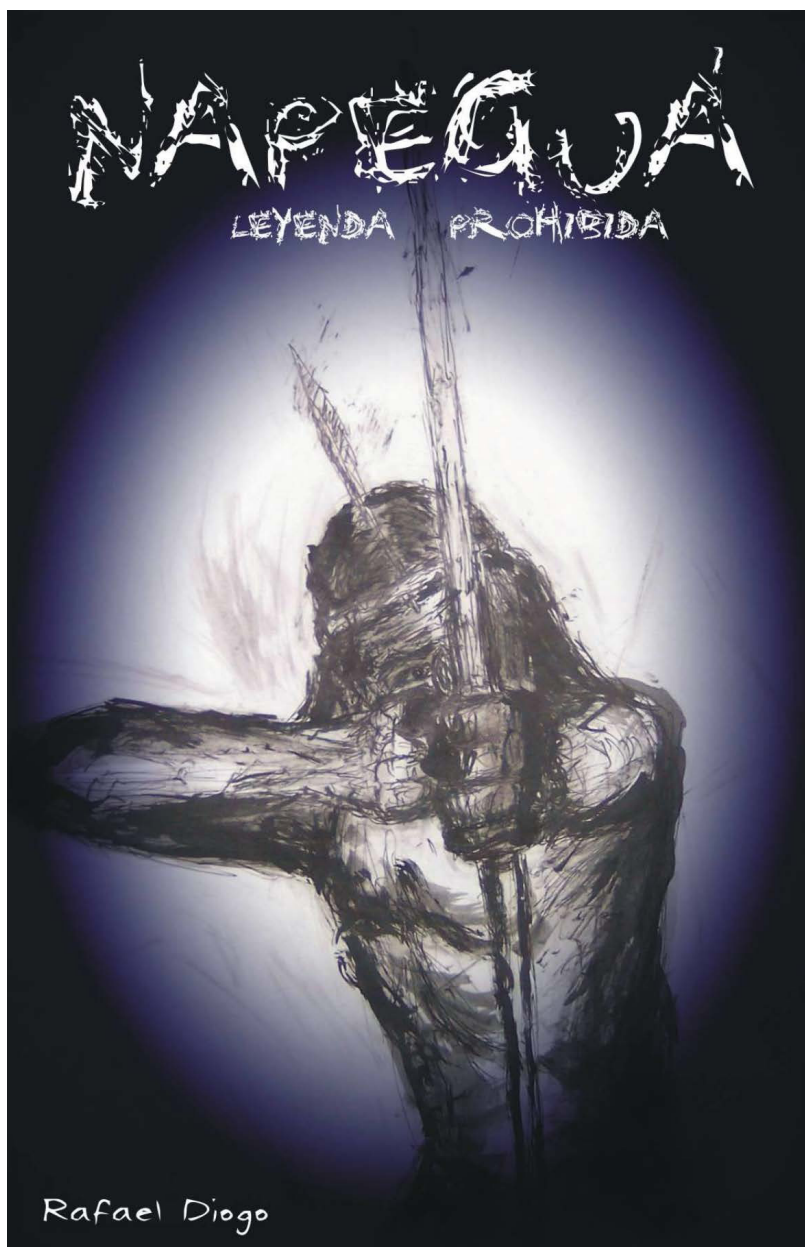
El uruguayo Rafael Diogo Jara lleva años escribiendo, desde artículos «que promueven la fe y los valores» hasta libros de historia, como su *Historia del Mormonismo* en Melo. También ha incurrido en la ficción, como en el caso de la obra aquí reseñada: *Napeguá, leyenda prohibida*. Este libro, al igual que toda la obra del autor, se puede descargar gratuitamente en el blog de Rafael Diogo: <https://librosderafaeldiogo.blogspot.com/>. También se lo puede encontrar en Amazon.

Esta breve novela procura reivindicar el pasado indígena del Uruguay, y por extensión de toda América, como queda claro con la oración que abre el libro: «Nos engañaron con la historia que nos enseñaron». Para corregir esa historia mal enseñada el narrador cuenta acerca de los pueblos indígenas del Uruguay. Esto lo hace a partir de los apuntes de Manuela, un personaje que en el siglo XIX se tomó el trabajo de dejar constancia de sus tratos con varios minuanes y charrúas. La novela toma entonces un giro antropológico, ya que describe no solo sucesos históricos (p. ej., la masacre del Takuari en torno al 1750) sino también las costumbres de estos grupos originarios (p. ej., el tipo de herramientas que usaban para cazar).

La obra está escrita en un lenguaje sencillo y en un tono que raya en lo didáctico. La función pedagógica del libro queda evidenciada además en el hecho de que el material de apoyo supera en número de páginas a la narración en sí: glosarios de términos indígenas, reseñas históricas de los sucesos descritos en cada capítulo, un listado de toponímicos y una biografía de obras consultadas. Otro detalle interesante de este libro es que cada capítulo cuenta con una o varias ilustraciones de Nicolás Chebataroff, quien ilustró también la portada.

Además de querer demostrar la perspectiva del indígena — grandes porciones de los capítulos son parlamentos en boca de minuanes y charrúas —, hay un elemento de mormonismo en esta narración. En un momento clave, el cacique Napeguá cuenta una «leyenda secreta» que se asemeja mucho a lo narrado en el Libro de Mormón.

Como decíamos en un principio, todo esto busca reivindicar el pasado indígena. Estos esfuerzos tienen sus defensores y sus detractores. En el fondo, este asunto de lo indígena es el gran dilema identitario sin resolver de la América latina. Este libro es, entonces, un aporte a ese debate.

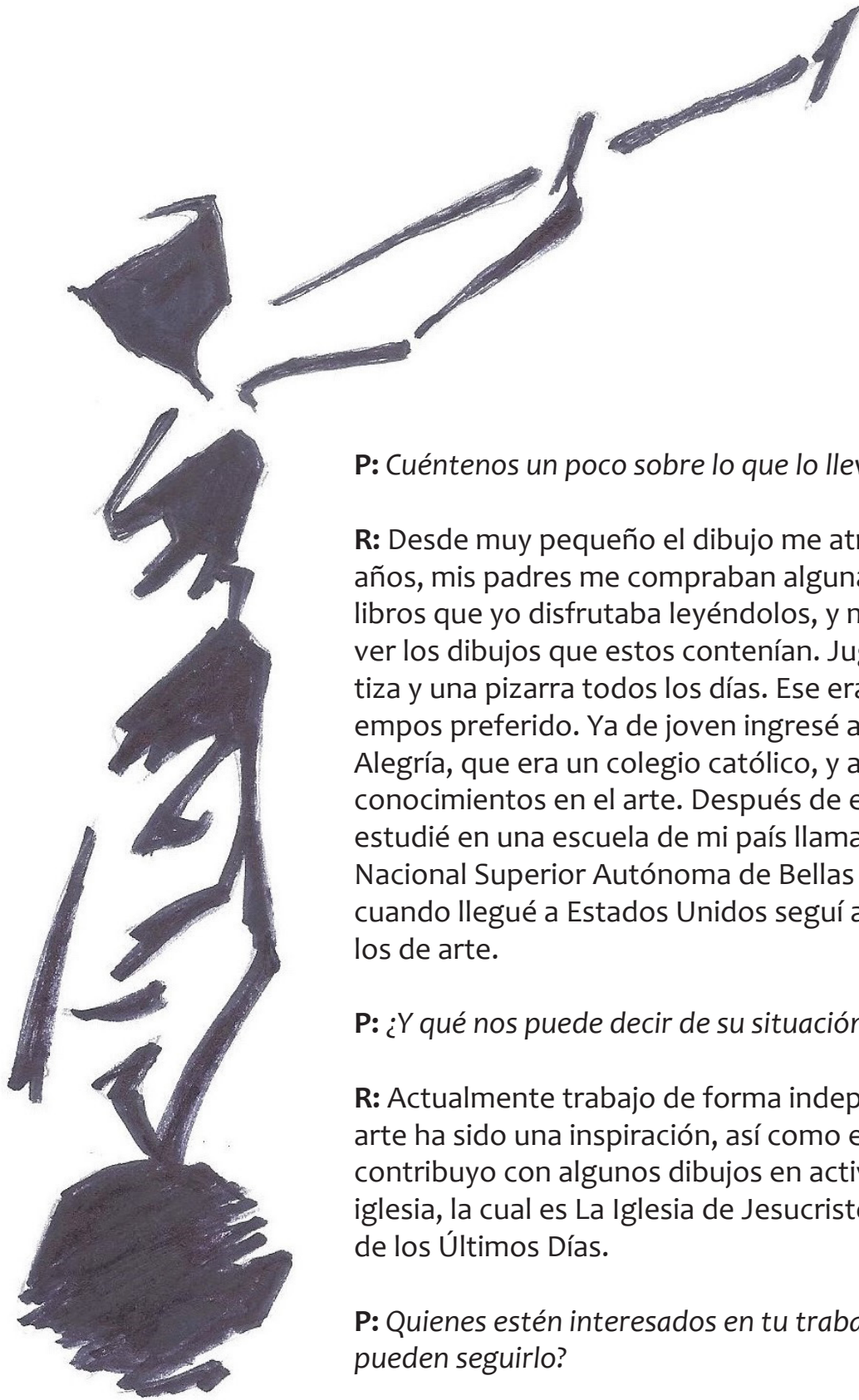


Napeguá, leyenda prohibida
Rafael Diogo Jara
edición de autor
2012

Santos Rubén Ramírez



Santos Rubén Ramírez (en la fotografía junto a su esposa) nació el 15 de febrero de 1962 en Lima, Perú. En la actualidad vive en Orlando, Florida, Estados Unidos, junto a su familia. Ha compartido con nosotros su talento artístico, como pueden ver en la portada y en el ángel que aparece en la siguiente página. En este número él nos cuenta un poco sobre su persona.



P: *Cuéntenos un poco sobre lo que lo llevó al arte.*

R: Desde muy pequeño el dibujo me atrajo. A los seis años, mis padres me compraban algunas revistas y libros que yo disfrutaba leyéndolos, y me encantaba ver los dibujos que estos contenían. Jugaba con una tiza y una pizarra todos los días. Ese era mi pasatiempo preferido. Ya de joven ingresé al colegio Fe y Alegría, que era un colegio católico, y allí amplí mis conocimientos en el arte. Después de ese colegio estudié en una escuela de mi país llamada Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes, y luego cuando llegué a Estados Unidos seguí algunos cursos de arte.

P: *¿Y qué nos puede decir de su situación actual?*

R: Actualmente trabajo de forma independiente. El arte ha sido una inspiración, así como el evangelio, y contribuyo con algunos dibujos en actividades de mi iglesia, la cual es La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

P: *Quienes estén interesados en tu trabajo, ¿cómo pueden seguirlo?*

Estoy pensando en poner una página web. Tengo un [canal en YouTube que se llama Arte para Todos](#). Allí tengo algunos videos de mis dibujos.

«Gringa»

Iris M. Lloyd de Spannaus

—¿Me das mi «pañuelo»?

—Se dice *pañuelo*.

—No. Mi mamá dice «pañuelo», así que se dice «pañuelo».

—Es que tu mamá es una gringa, y no sabe hablar castellano. Y vos tampoco sabés hablar castellano. ¡GRINGA!

El insulto sonó como un latigazo, y algo se rompió en su corazoncito, algo fuerte, fuerte, que subió a sus ojos y se deshizo en lágrimas.

—¡Gringa, gringa! ¡Galensa pan y manteca!

Los gritos cada vez más fuertes se sucedían como las letras de un estribillo, y más y más chicos se sumaban a los insultantes:

—¡Galensa, galensa...!

Ceinwen agarró sus libros y corrió llorando a más y mejor, hasta que se perdió en la distancia la voz de los que gritaban. Su tierna cabecita no podía entender lo que acababa de suceder.

Fue todo tan rápido y cruel. ¿Por qué se hablan enojado con ella? ¿Qué había hecho? Todo había empezado porque Nelly no le quería devolver su «pañuelo», ¿o sería pañuelo? Al llegar a casa le preguntarla a su mamá.

El camino hasta la chacra era largo, así que tuvo tiempo de limpiarse las lágrimas y casi de olvidarlo antes de llegar.

El hogar le dio la bienvenida con sus olores tan conocidos. Olor a pan, a jabón, a limpieza, olor a mamá. ¡Qué bien se estaba allí, realmente! Guardó su guardapolvo y cartera, fue a la cocina a tomar la merienda y pensó en

preguntar un montón de cosas a su mamá; pero parecía que ésta no estaba de humor para muchas preguntas.

– Mam.

– ¿Hum?

– ¿Yo soy gringa?

– Well, sí, me imagino que sos algo gringa.

– Pero, ¿qué significa ser gringa, mam?

– Oh, bueno, tomá la merienda ahora y dejate de preguntar pavadas, que tengo mucho que hacer.

Viendo que evidentemente no era momento de hacer preguntas, Ceinwen terminó su merienda, lavó la taza, guardó sus cosas y salió un rato al patio a jugar. Vio a Lewis pateando una pelota, y pensó que su hermano podría explicarle lo que habla pasado.

– Lewis –llamó–, ¿nosotros somos gringos?

– No hinchés, querés, ¿no ves que estoy ocupado?

En realidad, aquél no era su día de suerte, parecía que todo el mundo estaba de mal humor o apurado; tendría que guardar sus preguntas para mejor momento. Siguió caminando y se sentó a orillas de la zanja, a tirar piedritas al agua. Sabía que si su mamá la veía, recibiría un buen reto, porque siempre vivía atemorizada ante la idea de que uno de sus niños se ahogara. Habían ocurrido ya tantos casos así, que se había constituido en una obsesión.

El ruido del agua que corría y el zumbido de las abejas le daban a ese rincón un especial encanto. Ceinwen sabía que podía estar tranquila allí por un buen rato. Entonces se dedicó a meditar acerca de lo ocurrido esa tarde. Ser «gringa» debía ser algo muy feo; por lo menos, los chicos gritaban como si lo fuese. Sin embargo, su madre le acababa de decir que ella lo era, y no le había dado ninguna importancia al asunto, así que muy, *muy* feo no podía ser; si no, su madre no lo hubiera aceptado tan tranquila. Entonces, si no era tan malo, exactamente, ¿qué quería decir «gringa»? Realmente, necesitaba una contestación *ahora*. Se levantó con la rapidez característica de los niños, y volvió a asediar a su hermano que seguía pateando la pelota contra la pared del galpón. Ceinwen inició el diálogo:

– Hoy en la escuela me dijeron «galensa pan y manteca».

Su hermano siguió pateando, pero contestó:

– Y ¿vos no le contestaste «criollo pata sucia»?

—No, ¿por qué habría de hacerlo?

—Qué sé yo, ¡pavota!, pero siempre que a alguno de los nuestros le dicen «galenso pan y manteca», contesta en seguida «criollo pata sucia», y ahí nomás se agarran a las piñas.

—¡Pero yo no puedo dar piñas!

—¡Ufa! Entonces dejate de embromar y andate a jugar con tus muñecas. Era inútil. Este hermano era realmente intratable; nunca conseguía estar con él más de un ratito sin pelear. Tendría que esperar a que «dada» y Edgar volvieran a la casa. No quedaba más remedio.

Estuvo por todos lados, mirando lo que se hacía todos los días, tratando de que el tiempo pasara.

—Owen, ¿cerraste los terneros? ¡Vamos! Hay que entrar la leña antes de que se haga de noche.

La voz de la madre impartía las órdenes y Ceinwen la veía andar de un lado a otro, ocupada y ceñuda. *Claro*, pensó, *hoy es lunes y habla más trabajo que cualquier otro día de la semana*. Mam había lavado la ropa de la semana, ordeñado y hecho pan, además de la tarea diaria de limpiar la casa y cocinar. ¿Sería todo ese trabajo la causa de que mam fuese «gringa»? Oh, bueno, mejor sería esperar a que Edgar llegara a la casa.

¡Al fin! Sintió el ruido de las ruedas del carro que se acercaba al galpón, y ahí estaban su padre y su hermano mayor. Una sensación tibia y confortante le llenó el pecho cuando «dada» la alzó y la tiró alto, alto, mientras la llamaba con esos nombres dulces y tontos que él tenía para su niña: «Petch fach», «Dwdlah», «Hogan fach yr dada», palabras galesas que eran para Ceinwen como el pan de mam o la cama limpia, con olor a lavanda.

—Vamos a la casa, así me lavo y tomamos unos mates antes de la cena. Mejor dejé el caballo en el corral atrás del galpón, Edgar, porque mañana tenemos que seguir acarreado pasto.

—Edgar, ¿sabés lo que me dijeron hoy en la escuela?

La niña soltó la pregunta mientras el padre cebaba mate, y la madre preparaba la cena.

—Y... te habrán dicho que eras muy inteligente...

—No, los chicos me gritaron «gringa», y me dijeron que yo era una «galensa pan y manteca».

Edgar se quedó serio un ratito y después dijo:

–Y, bueno. Vos sabés que los latinos siempre nos llaman así.

–Pero, ¿por qué? ¿Es muy feo ser una gringa?

–No, ¡qué va a ser feo! Lo que pasa es que nos ven distintos y a la gente no le gusta ver personas distintas. Cuando eso ocurre, siempre las atacan.

–Pero, ¿por qué?

–No sé por qué, pero es así.

–Y, ¿qué es un «gringo»?

–Un extranjero.

–Pero, ¡yo soy argentina!

–Pero hablás galés. Y mam y dada son galeses.

–Y, ¿eso nos hace distintos de los demás?

–¡Claro!

–Entonces, es mejor ser hija de criollos.

–¡Ja, ja! ¿Y por qué?

–Porque así hablás bien el castellano y nadie se ríe de vos.

El padre tomaba mate, sin tomar parte en la conversación; pero escuchaba todo el diálogo y se dio cuenta del pequeño drama que estaba viviendo su hija.

–¡Ceinwen! –llamó.

–Sí, dada.

–Vení, sentate aquí, así charlamos un rato.

Así diciendo señaló una silla cerca de la mesa, sobre la cual depositó un libro grande.

–¿Te acordás de «taid»?

–Un poco. Me acuerdo que tenía barba y pelo blancos y que a veces me traía caramelos.

–Bueno, él era galés. Nació en un lugar que se llama Llanuwchllyn. Él y «nain» vinieron en un barco que se llamaba «Mimosa». Yo era entonces un bebé de sólo diez meses de edad...

Y así, mientras el padre con su voz grave y dulce le contaba a Ceinwen la casi increíble historia, en la mente de la niña se iban desarrollando uno a uno los hechos, que aunados, darían como resultado una Colonia floreciente.

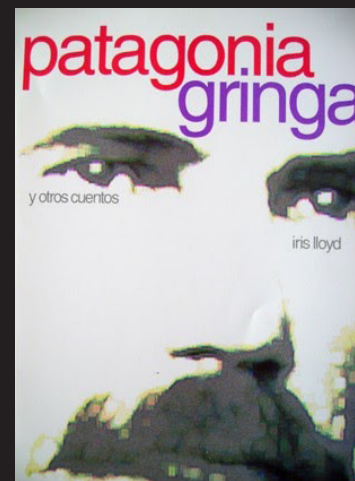
—¿Y nain vio a los indios?

Asombro y delicia. Temor, y también una casi reverencia. La tristeza de saber que el río se había llevado todo cinco veces, para que fuese vuelto a construir. ¡Tozudos, los galeses! De vez en cuando, el padre detenía el relato para mostrarle alguna fotografía, y así podía la niña poner rostro al héroe del momento.

Para la hora de la cena, Ceinwen tenía todo bien clarito en su cabeza. Ella no era gringa, pero no le importaba que la tomaran por una. Sus abuelos habían sido gringos y también lo eran sus padres. Ser argentina era hermoso, porque significaba que uno podía vivir en un país libre. Aquí no había reyes, ni reinas, pero ser descendiente de galeses era saber que sus padres y abuelos habían ganado para Argentina un pedazo de tierra que hasta entonces nadie había querido. Significaba que los indios no habían sido perseguidos ni muertos, sino que había sido conquistada su amistad con amor y buenos tratos. Quería decir que uno sabía cantar, que ir a la capilla era hermoso, y que llamarse Ceinwen en lugar de Irene o María, era también lindo.

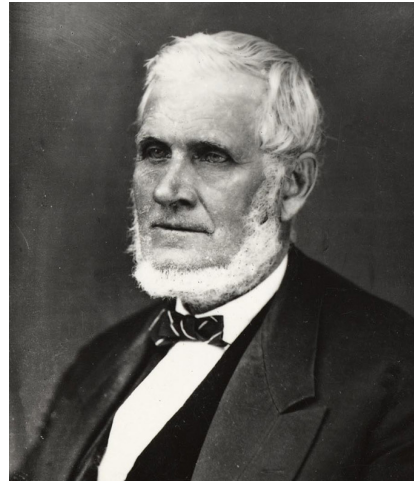
Suspiró satisfecha. Si mañana alguien en la escuela la llamaba «gringa» o «galensa», que lo hiciera nomás. Total, ella ya sabía quién era, y de dónde venía.

Esta obra fue galardonada con el primer premio del concurso Cuento Breve de Temática Patagónica 1975. Fue publicado originalmente en un periódico galés de la Patagonia. Apareció después en el número de junio de 1979 de la revista *Liahona*. Posteriormente, en 2004, se publicó como parte de *Patagonia gringa*, una antología de cuentos de la autora.



«CULTIVAR GUSTOS LITERARIOS»

Desde un principio, los santos de los últimos días valoraron la educación. Desde la Escuela de los Profetas en los tiempos de José Smith hasta el Fondo Perpetuo para la Educación, siempre se ha entendido que tenemos un deber divino de obtener toda la educación que nos sea posible. En el texto que compartimos a continuación, recogido de *Enseñanzas de los presidentes de Iglesia*, John Taylor reitera esa exhortación, y a su vez también nos llama a cultivar nuestros talentos literarios. Se trata de un llamado puntual al cual nos sumamos desde las páginas de *El Pregonero de Deseret*.



Debemos aprender de todas las cosas, adquirir conocimiento tanto por el estudio como por la fe. Se nos ha mandado buscar conocimiento en los mejores libros y aprender de gobiernos, naciones y leyes. Es preciso que los élderes de esta Iglesia estudien esas cosas, a fin de que cuando vayan a las naciones del mundo no deseen regresar a casa sin haber llevado a cabo una buena obra.

Dios espera que Sión llegue a ser la alabanza y la gloria de toda la tierra, a fin de que reyes, al oír de su fama, vengan a contemplar su gloria... Él desea que observemos Sus leyes y le temamos, y que vayamos de mensajeros a las naciones, con el poder del sacerdocio que se nos ha conferido, buscando “primeramente el reino de Dios y su justicia” [Mateo 6:33], buscando primero el bienestar y la felicidad de nuestros semejantes...

Entonces, debemos fomentar la educación y el desarrollo de la inteligencia en todo sentido, y cultivar gustos literarios. Las personas con talento literario y científico deben perfeccionarlo; todos deben magnificar los dones que Dios les ha dado. Eduquen a sus hijos y procuren que los que les enseñen tengan fe en Dios y en Sus promesas, así como inteligencia... Si hay algo bueno y digno de encomio, ya sea en valores morales, en religión, en las ciencias o en cualquier otra cosa que tenga por objeto elevar y ennoblecer al hombre, debemos procurarlo.

(Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: John Taylor, cap. 10, 2001)